



EscriVid ²⁰/₂₀

Reflexiones y escrituras en
torno a pandemia(s) y
aislamiento(s).

EscriVid 2020. Reflexiones y escrituras en torno a pandemia(s) y asilamiento(s) / Paula Vega ... [et al.]; compilado por Guadalupe Reinoso; Alicia Vaggione.- 1a ed.- Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1614-6

1. Pandemias. 2. Aislamiento Social. 3. Ciencias Sociales. I. Vega, Paula. II. Reinoso, Guadalupe, comp. III. Vaggione, Alicia, comp. CDD 303.48

Publicado por el Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC | Córdoba - Argentina

1° Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de tapa y portadas interiores: Manuel Coll

Diagramación y diseño de interiores: María Bella

Corrección de contenidos: Florencia Colombetti y Lucía Bima



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

EscriVid 2020

Reflexiones y escrituras en
torno a pandemia(s) y
aislamiento(s)

Compiladoras:

Guadalupe Reinoso

Alicia Vaggione

Área de
Publicaciones

ffyh
Facultad de Filosofía
y Humanidades | UNC



Universidad
Nacional
de Córdoba



El aquí, ahora y el después del COVID-19

Leonardo J. Garzón*


El único peligro real que existe es el hombre en sí mismo, él es el gran peligro. Y nosotros no tenemos ni idea de ello, no sabemos nada sobre el hombre, o apenas muy poco. Su psique debería ser estudiada ya que nosotros somos el origen de todo mal posible...

(Jung, 2012)

*Y ya no sé,
Si es que amanece o veo el cielo,
Como un gran collage
El collage de la depredación humana*

(Spinetta, 1997)

* Estudiante de Letras Modernas (FFyH-UNC).

 poetaalmafuerte@gmail.com

Introducción

El COVID-19 ha llegado para convivir con nosotros. Y claro está que, antes de sentarnos a reflexionar y poner en marcha todo lo que detuvo este extraño virus, es importante reconocer que, a partir de este suceso, no habrá ningún regreso a la *normalidad*. Y, tal como sugieren las continuas reflexiones de Žižek¹, no será suficiente considerar la epidemia como un accidente desafortunado, habrá que hacer grandes modificaciones (empezando por nuestros sistemas y políticas de salud pública) en beneficio de todos.

Quizás, estos nuevos cambios deban empezar por allí, ya que se trata de un virus silencioso que afecta a nuestro sistema inmunológico y del que se conoce todavía muy poco. Un virus que, además de haber provocado una especie de colapso del sistema, nos ha llevado a tomar conciencia de nuestra vulnerabilidad (nuestra innegable condición de seres finitos).

Por otro lado, hay que aceptar que estas nuevas transformaciones no se dan de la noche a la mañana, pero, aún así, aunque estos cambios no modifiquen enteramente la conciencia del hombre, es importante ponerlos en marcha para empezar a transformar la realidad. Más allá de lo material, hay que empezar a modificar ciertas conductas. Es ahora cuando tenemos que empezar a cuestionarnos la forma en que nos relacionamos con el mundo. Y, más allá de que el problema radique o no radique en el plano material, todos estamos siendo testigos de los continuos daños que estamos provocando en todo el mundo. Es más que evidente que la aparición del COVID-19 podría pensarse como un claro ejemplo de este actuar inconsciente. Y, dado que vivimos en un planeta que goza de los *privilegios de la globalización*, esta realidad nos ha tocado a todos. Es decir, hay algo que no podemos evitar desde su aparición, y eso es su actuar democrático.

La pandemia y la repercusión global del virus ha puesto a la humanidad en un estado de emergencia y, salvo algunos países, todos están sufriendo las terribles consecuencias de su expansión. Es por ello que es vital y necesario implementar una nueva conducta, a nivel colecti-

1 Slavoj Žižek (Liubliana, 21 de marzo de 1949) es un filósofo, sociólogo, psicoanalista y crítico cultural esloveno.

vo, para modificarnos. Ya es hora de buscar otras alternativas de vida para atenuar el caos evidente. Estamos ante la oportunidad de un gran cambio para una nueva posible adaptación de este nuevo mundo que llegará después de este gran golpe.

Independientemente de nuestras diferencias culturales, el asunto aquí es dejar de imponerse unos sobre otros y empezar a trabajar en comunidad. Quizás, el problema, aunque no lo parezca, tenga su raíz en la idea de superioridad que creen tener los seres humanos. Un problema ya conocido por la filosofía y la ciencia que se sujeta a nuestra condición de seres racionales y que, falsamente, nos otorga un poderío y control sobre todo lo que nos rodea. Sin embargo, no hay que olvidar que solo la vida de los seres humanos es la que más padece esta ingenua superioridad. La naturaleza y todas las especies continúan su curso, aun en estas circunstancias, y eso parece inevitable. Solo nosotros nos estamos quedando afuera y solo nosotros nos hemos perjudicado. Esto nos permite ver y reconocer que nuestras conductas humanas se han apartado del orden y del equilibrio que encontramos en la naturaleza. Por alguna razón, parece ser que la humanidad ha vivido siempre a contracorriente de las leyes y del equilibrio natural de la vida.

Ante estas reflexiones, no sabemos si el coronavirus llegó a mostrarnos nuestra escasa relación y contacto con la naturaleza ni mucho menos si fue para darnos un poco de sabiduría o hacernos más conscientes de lo que está sucediendo. Pero, claro está que la pandemia, al haberle dado un cachetazo directo al mercado mundial y a nuestras vidas en general, nos ha llevado a reflexionar sobre sus posibles consecuencias. La expansión del virus, que no distingue clases sociales y ataca a todos por igual, ha modificado enteramente nuestras realidades. Es innegable pensar que, a partir de esta pandemia, habrá un antes y un después. Nadie quedará exento de las secuelas provocadas por el aislamiento. Poco a poco, vemos cómo las consecuencias de la expansión del virus empiezan a manifestarse. Muchos hemos dejado de ver a nuestras familias, hermanos, primos, amigos y, por ende, nos vemos un poco más expuestos a la soledad. Hoy en día, los abrazos, los besos y los cálidos apretones de manos son gestos a los que les tenemos cierta desconfianza y todo debido a que, entre nuestra propia familia o grupo de amigos, podría estar presente este invisible enemigo; un enemigo extraño que nos desconcierta porque no sabemos, a ciencia

cierta, de qué se trata. Para todos, en el mundo, este virus aún es una novedad.

Invisibilidad del COVID-19

Uno de los puntos más importantes para tener en cuenta es la forma en que se propaga el COVID-19. El virus, al actuar desde la *invisibilidad* y desde lo *oculto*, se otorga a sí mismo cierto poderío que nos exige un control y cuidado sobre todo lo que hacemos. Es inevitable reconocer que, ante la amenaza de un posible contagio, nos vemos obligados a movernos y a comunicarnos a través de medios que se apartan del estrecho y necesario contacto humano.

En estos momentos, es donde empiezan a cobrar mucha más importancia los contactos virtuales y las llamadas por Zoom u otras aplicaciones que, de alguna manera, atenúan la soledad y el distanciamiento. Quizás, desde este escaso y nulo contacto con nuestros allegados y seres queridos, sin desearlo, nos estamos poniendo a prueba, sobre todo, en nuestra capacidad de mantener nuestras relaciones interpersonales más allá del contacto físico. Y dado que estamos viviendo un momento de mucha tensión, es necesario guardar la calma para apaciguar en cierto punto el caos del que somos testigos. Un caos que se traduce en: desempleos, despidos, hambre, miseria, etc. Un caos que detuvo el movimiento poblacional de ciudades del primer mundo que estuvieron y siguen estando completamente desiertas; ciudades donde pulula un recelo y una cierta desconfianza en el simple hecho de abandonar nuestros hogares (refugios) que son, por ahora, el único espacio donde logramos sentirnos a salvo. Pero, ¿qué sucede con aquellos que no cuentan con un hogar o refugio?

Otra de las cuestiones que tiene que ver con el instinto de supervivencia del ser humano se refleja en el hecho de que, a pesar de que los gobiernos han habilitado las *salidas recreativas*, estas son escasamente utilizadas. Lo que antes parecía ser un inocente paseo por el parque se ha transformado, hoy en día, en asunto de sumo cuidado. Señalo esto porque, a menudo, cuando salgo a caminar (por los espacios donde es posible circular), veo con mis propios ojos cómo la realidad en la que vivimos se ha transformado, de la noche a la mañana, en algo impensable que ni siquiera los filósofos, académicos o los mismos científicos

han podido prever. Que plazas, bares, restaurantes, centros comerciales estén completamente vacíos refleja, además del temor y la paranoia que se nos ha infundido, la ignorancia que pesa sobre nuestras formas de relacionarnos con el mundo, en algo tan simple, como las relaciones que establecemos con nuestros semejantes. De a poco, vamos tomando conciencia de que el contacto humano es enteramente necesario y eso es algo que hemos dejado muy al margen, ahora mismo entendemos cuán importantes son las relaciones que sostenemos con el otro.

Ahora bien, es cierto que todo parece una *distopía paranoica* y *sombría*, pero es inevitable advertir que toda esta paranoia se ve, se siente e, incluso, se respira en el aire. Ya sea en los rostros desorbitados de muchos individuos, cubiertos por barbijos de seguridad o en la gente que, a través de sus compras excesivas de mercadería, alimentan la posibilidad de un eventual colapso. Por suerte, hay que advertir que no toda la población sucumbe ante eso. Además, el Gobierno se antepuso a esta situación y ha optado por controlar hasta la cantidad de mercadería que debemos consumir. No obstante, a muchos nos cuesta creer que estamos viviendo esta situación donde se exige un extremo cuidado en todo lo que hacemos, compramos y consumimos. Incluso, el retorno a nuestros hogares se ha vuelto algo extraño. Muchos nos vemos obligados a admitir que al regresar a nuestras casas, luego de haber estado expuestos al exterior, lo primero que hacemos es lavarnos las manos y desinfectar *todo lo que viene de afuera*. Vemos entonces cómo, de a poco, se nos van insertando esos hábitos de disciplina y autocontrol de los que hacía mención Foucault y que están más allá de la sugestiva mirada de los otros. Somos nosotros mismos quienes estamos atentos al uso del barbijo o a la higiene de nuestras manos. Somos nosotros mismos quienes nos alarmamos ante el sonido de una patrulla de policía, como si fuéramos delincuentes.

A la luz de estas circunstancias, vemos que el confinamiento está operando de maneras un tanto extrañas, por no decir perversas, en nuestras conductas. Algunas personas (amigos cercanos en su mayoría) me han confesado su temor y desconcierto ante la situación y, a menudo, suelen contarme sombríos sueños que expresan de manera intrínseca la realidad de nuestros días. Muchos de nosotros nos vemos obligados a admitir que también formamos parte del grupo de personas que tuvo ese extraño tipo de sueños. En mi caso, no tengo el valor

para comentarlos aquí, pero diré que muchos de esos sueños están relacionados con las nuevas medidas de protección y con la vigilancia permanente a las que nos hemos sometido. Lo que permite deducir y admitir, de manera evidente, que nuestra realidad está condicionada no solo por lo que vemos en el día a día, sino también por lo que soñamos. El COVID-19 es la prueba fehaciente de ello, ya que se ha tomado el atrevimiento de invadir nuestros sueños y, en parte, ha llegado a apoderarse, incluso, hasta de nuestro inconsciente.

De aquí en más, tenemos que reconocer que la realidad ha tomado tintes oscuros, pero también es nuestro deber intentar comprender lo que sucede y qué es lo que se esconde detrás de todo esto. A veces, solo basta ver a nuestro alrededor para entender lo que está sucediendo, para evitar, de ese modo, caer en falsas noticias sensacionalistas que atemorizan no solo a los individuos sino a toda la población en general. A veces, hasta nosotros nos damos cuenta de que hemos visto, leído y escuchado demasiadas cosas acerca del coronavirus, ya sea por simple curiosidad o por simple morbo. El caso es que no se entiende por qué estamos tan pendientes y prestamos tanta atención a la escasa y casi simplista información, la cual más que ayudarnos, tiende a empeorar la situación. Siempre es menester recordar que los medios de comunicación operan de manera directa en la manipulación de la información. Es por ello que, lo mejor, es manejarnos con cierta precaución en las redes sociales y medios virtuales de comunicación.

Es tiempo de poner en práctica nuestro sentido común y ejercer, en lo posible, un distanciamiento de los rumores que pululan en todas partes acerca de la pandemia. En beneficio de todos, sería conveniente tratar de ejercer una mirada crítica de la realidad, aun en estas circunstancias. De ese modo, nos veríamos menos expuestos a ideas un tanto alejadas del juicio crítico (teorías de conspiración, teorías sobre el fin del mundo, conquistas del nuevo orden, etc.) y que están más cerca del oscurantismo medieval.

Lejos de todas estas ideas, tenemos que aceptar y reconocer que la pandemia tuvo lugar en un punto preciso. El foco inicial de la epidemia que dio pie a los primeros brotes del coronavirus, según sabemos, se originó en la antigua y milenaria China, más precisamente, en los mercados de Wuhan. Sobre la llegada del virus se ha especulado mucho, pero hasta hoy los científicos siguen tratando de averiguar los moti-

vos precisos de su llegada. Se confirmó que el primer brote llegó a los humanos por una mutación de un virus conocido con anterioridad, el SARS-1.

El coronavirus tuvo su origen en un mercado donde circulaban exóticos animales (expuestos a bajas condiciones de higiene y salubridad) y fue allí donde alguien contrajo el virus que tuvo como consecuencia la creciente pandemia del COVID-19. Debido a la facilidad con la que se propagó, se hizo imposible poder controlarlo. Es por eso que China y numerosos países se vieron forzados a tomar medidas drásticas para controlar su expansión y evitar todo tipo de catástrofes como la pérdida de vidas humanas que ocurren y seguirán ocurriendo hasta que se encuentre una forma de frenar este virus. No obstante, sabemos que los Estados nacionales no tuvieron otra opción que cerrar fronteras, cancelar vuelos y exigir a los individuos que mantengan el *distanciamiento social, preventivo y obligatorio*.

A partir de estas medidas, se podría decir que el coronavirus nos ha aislado y nos ha puesto en un estado de emergencia. Desde este estado de confinamiento, nos hemos dado cuenta de que, al protegernos a nosotros mismos, estamos protegiendo a los demás. Y, más allá, de que el distanciamiento social no logre generar un sentimiento de colectividad, es la primera vez que todos nos sentimos parte de algo, aunque sea de una catástrofe. Es por eso que valdría la pena pensar que no estamos solos y que, de algún modo, dentro de todo eso que se nos exige como individuos, está y existe la relación directa con el otro. Ese otro que muchas veces es un padre, madre, hermana, amigo, pareja, etc. De ese otro, es de quien dependemos ahora, en esta difícil situación, y para ello hay que dejar de lado todas aquellas diferencias que se exhiben de manera grotesca y superficial ante nuestros ojos.

Este distanciamiento que se nos exige, en estos momentos, quizás ya existía, solamente que ahora cobra la forma de un virus. Y, tal vez, sea imposible confirmar si el distanciamiento ya estaba instalado en nuestras sociedades antes de la pandemia. Afirmar esto sería un tanto triste y avasallador. Y, es ahí donde uno puede entrar a dudar de si los seres humanos somos capaces de ponernos en el lugar que ocupan otros seres humanos y las otras especies con las que compartimos el planeta. Ese es quizás el principal punto de la cuestión y de todas estas reflexiones. Está claro que el coronavirus no será motivo de revolución

o de una transformación radical en nuestras mentalidades, actitudes y costumbres. Pero, al menos, nos está demostrando que si seguimos a este ritmo de vida y no empezamos a modificarlo, las futuras generaciones recibirán, de nuestras manos, un planeta enteramente devastado.

Reflexiones finales

Desde aquellos primeros brotes del COVID-19, a finales del 2019, vemos que toda la realidad en la que vivíamos se ha tornado mucho más sombría y perversa en un abrir y cerrar de ojos. La vulnerabilidad de nuestra existencia ha quedado expuesta y es difícil prever qué nos deparará el futuro. De más está remarcar que no habrá un regreso a la *normalidad* porque, de aquí en adelante, el mundo va a tomar otra dirección. Por eso, es de vital importancia tratar de revertir esta situación. Para que, de algún modo, las nuevas direcciones que tome la humanidad estén vinculadas directamente con la naturaleza.

Es tiempo de utilizar nuestra energía y nuestro tiempo para reparar algo del daño provocado. Existen y conozco personas que tratan de hacerlo. Poco a poco, uno las reconoce y se les va arrimando. Uno mismo aprende, desde la observación, a cuidar del mundo, ya sea a través de la jardinería, armado de huertas o reciclaje. Estos aspectos, que parecen tan nimios, sin embargo producen su impacto contra esta devastación y son necesarios. Ha llegado la hora de establecer vínculos más saludables con la naturaleza y empezar a tratarla con sumo cuidado.

Por último, habrá que tratar de atenuar las secuelas pospandemia sobre las que se tejerá el nuevo mundo. No cabe duda que, al haber estado expuestos ante un estado de inminente peligro, tomaremos esa imagen del *otro* como una posible amenaza. Es decir, si antes el *otro* era algo ajeno a nuestra realidad, de ahora en más se le sumará una imagen peyorativa de peligro, asociada con el virus y la muerte. Pero, para evitar esa recaída, sería conveniente empezar a reforzar la idea de colectividad y recordar que nuestra realidad se construye en sintonía con esas otredades. Si, de aquí en adelante, no se potencia nuestro espíritu de solidaridad quedaremos nuevamente expuestos a situaciones extremas como las que estamos viviendo. Con el paso del tiempo, habrá que aceptar que el COVID-19 ya forma parte de nuestro mundo,

y nuestra tarea, de aquí en adelante, es impedir que algo similar nos vuelva a ocurrir, por el bien de todos.

Bibliografía consultada

Amadeo, P. (ed.). (2020). *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemia*. ASPO.

Jung, C. [Casa Jung]. (2012). *Cara a Cara con CG Jung. Entrevista completa con Jhon Freeman en 1959* [video]. Youtube. https://www.youtube.com/watch?v=QxL5Jx4QKRQ&ab_channel=CasaJung

Spinetta, L. A. (1997). Jardín de gente [canción]. En *Spinetta y los Socios del Desierto (CD2)*. Sony.